

LA IGLESIA PARROQUIAL DE ALCONCHEL: OBRAS Y PROYECTOS

Inocencio CADIÑANOS BARDECI

Se encuentra este pueblo en la provincia de Badajoz, partido judicial de Olivenza, a medio camino entre ésta y Villanueva del Fresno. Por los años que estudiamos, pertenecía al marquesado de Bélgida y San Juan de Piedras Albas.

A mediados del siglo XVIII la parroquia de Nuestra Señora de los Remedios se hallaba en ruinas. En 1775 había sido clausurada en su mayor parte, desalojando altares, capillas, imágenes y retablos. Los feligreses iban ahora a oír misa a la capilla de la enfermería del convento de Nuestra Señora de la Luz. También hacía de tal una ermita cercana así como la capilla mayor de la parroquia, separada del resto del templo por un tabique, aunque en ésta no cabían más de 40 personas. Se trataba de un templo pequeño, de 26 varas de longitud por 17 de lado y 7,3 de altura, claramente insuficiente para sus 500 vecinos, con unas 2.000 almas.

En la visita del delegado episcopal, éste había dejado constancia de la falta de los ornamentos más precisos y ordenó al párroco que prosiguiera el pleito incoado ante el Consejo real con el fin de que los dezmeros repararan las muchas ruinas de dicha parroquia.

El principal beneficiario de los diezmos era el marqués de Bélgida. Las disputas y tirantez entre el marqués y el alcalde con el pueblo, párroco y provisor episcopal, duraron medio siglo. El primero quería ejecutar tan sólo las más imprescindibles obras, con un presupuesto bajísimo, y los segundos aspiraban a tener un nuevo templo, capaz y seguro, puesto que los diezmos daban para ello.

En 1776 el alarife Francisco Hilario Martínez reconocía la iglesia por encargo del marqués. Informó que el templo se hallaba firme, a excepción de sus arcos que estaban desplomados. También había que reparar el tramo de techumbre junto a la capilla de San Antonio, Puerta del Sol y capilla de las Ánimas. Y no se hallaba tan ruinoso el edificio como afirmaban los vecinos. Los muros, por ejemplo, no poseían deformación alguna. Costaría todo 8.200 reales. Al año siguiente volvía a reconocer el templo Juan Antonio Parra, quien elevó el presupuesto a 12.837 reales¹.

Pero los vecinos aseguraron que los anteriores informes eran interesados, a favor del marqués. Era evidente que su iglesia estaba hundiéndose y que, en conjunto,

¹ AHN: Cons. leg. 27.213.

resultaba una construcción inútil, incapaz de ser reparada y, además, era preciso ampliarla así como completarla con diversas capillas, bóvedas y torre campanario. El cura, por su parte, escribía al Consejo que «no pasaría por mezquita en un aduar inundado de árabes».

Volvió a ser reconocido por Baltasar Martínez y José Antúnez. Estos aseguraron que, efectivamente, a excepción de la capilla mayor, todo estaba a punto de caerse. Los reparos más necesarios los evaluaron en 15.150 rs. Inmediatamente se ordenó clausurar el templo.

El señor del pueblo siguió adelante con su idea de reducir los gastos a lo mínimo. Adjudicó los reparos antes mencionados a José Antúnez por 13.537 rs., cosa a lo que se opuso el párroco no dejándole entrar en la iglesia. Poco después, sin embargo, ya los tenía finalizados.

Pero no fue abierto el templo pues, según los feligreses, dichos reparos no habían servido para nada. Todo el edificio seguía apuntalado. Era necesario construirle de nuevo por «ser su fábrica de cal mezclada con tierra, que se había corrompido con la humedad». Y tenía obligación de pagarlo el marqués puesto que anualmente percibía 98.641 rs. de los diezmos.

En 1790 el arriba citado José Antúnez volvió a señalar nuevos deterioros. El Consejo ordenó que lo hiciera junto con Juan Alfonso, alarife que por entonces estaba construyendo la parroquia de Burguillos del Cerro.

El templo siguió cerrado, hecho todo una ruina. En visita pastoral, el prelado lo halló completamente defectuoso. Y, considerando el deplorable estado en que se hallaba, ordenó que se sacasen «de los diezmos lo necesario para hacer una nueva iglesia desde los fundamentos, quedando en pie la capilla mayor que por su fortaleza y hermosura solo necesita su conclusión y la continuación del cuerpo de la yglesia por el mismo orden de arquitectura que aquella tiene».

El alarife Julián Araujo presentó varios diseños para un amplio reparo por un monto de 28.000 rs., ideando una capilla y una amplia bóveda. Todos reconocieron que el proyecto estaba «desarreglado».

En 1793 parte de la techumbre se venía al suelo, quedando las paredes despalmadas y los arcos a punto de caerse. Se achacó el desastre al hecho de haberse realizado los reparos sin el visto bueno de la Academia de San Fernando y por un arquitecto no aprobado por ella.

Hacia 1775 ya se había insinuado que era preciso levantar una nueva parroquia. Tres años después se hablaba de ello abiertamente. En su visita de 1791, el obispo había mandado «que de la masa común de diezmos...se saquen quantas cantidades sean necesarias para hacer una nueva iglesia desde los fundamentos...».

Decidida la construcción de un nuevo templo, el dilema se encontró en levantarlo en el mismo sitio o bien en otro lugar más amplio y céntrico, estando claro que este último resultaría mucho más costoso. En 1795 el Consejo ordenó llevarlo a cabo. Para proyectarlo nombró «de oficio» a Fernando Rodríguez, el único arquitecto extremeño aprobado por la Academia de San Fernando. Al año siguiente redactaba el proyecto. Declaró que el templo existente era «obra vieja, construida de mampostería de piedra incierta, con algunos desfalcos con mezcla la mayor parte de tierra y poca cal, que

por su poca ligación se suelta de la fábrica». Y, además, los muros estaban agrietados. Debía demolerse y no admitía reparos.

Trazó cuatro planos: dos del templo antiguo y otros dos para la reconstrucción del nuevo. El viejo nos muestra un cuerpo a los pies más amplio que la cabecera. Era ésta la moderna capilla, de presbiterio poligonal y muros mucho más consistentes que en el resto del edificio. Adosados al norte tenía la sacristía y un husillo. Iba cubierta con nervadura al gusto gótico. El dibujo nos muestra también una fachada muy sencilla, de perfil apiramidado y escasísimos vanos. Va coronada por una espadaña. La puerta principal repite las mencionadas formas góticas, encuadrada por un alfiz. Semejantes eran las puertas laterales. El conjunto iba reforzado por contrafuertes muy distintos, consecuencia de diferentes momentos en la construcción de la iglesia.

La construcción del nuevo templo estaría condicionada por la planta (cimientos) del viejo. Fernando Rodríguez mantuvo la cabecera, añadiéndole un edificio casi simétrico al otro lado de la sacristía, lo que le asemejaba a un crucero. Suprimió el husillo. Como aspecto novedoso, el altar lo adelantó hasta quedar aislado en el centro del presbiterio. El coro iría tras él, siguiendo las soluciones que don Ventura Rodríguez diera en varios de sus trabajos. Los contrafuertes serían todos externos y quedarían regularizados, con lo que se ganaría en espacio interior para los feligreses. La fachada cambia notablemente: avanzaba sobre la base de la antigua, en su centro se elevaba una torre campanario de tres cuerpos, cubierta de cúpula y flanqueada por dos husillos. La puerta principal, bajo ella, era adintelada. El conjunto presentaba cierto aspecto apiramidado, tanto en alzado como en planta, de acentuada simetría. Su belleza, dentro de su sencillez, contrastaba con la del pasado. Presupuestó el nuevo templo en 193.826 reales.

Pero el Consejo retuvo el expediente.

Años después los vecinos volvían a inquietarse ante la situación de su iglesia. En 1800 recordaban que «esta villa se halla sin yglesia a causa de que siendo de madera el techo de la que había, se dañó parte de él...y se acudió al marqués de Bélgida, señor de este Estado y de sus diezmos a quien corresponde la reedificación de la yglesia y su excelencia mandó que se hiciese la bóveda, pero no se acabó de concluir dexando por hacer el campanario, el coro alto...y embaldosarla». El nerviosismo llegó a tal que derribaron el muro que separaba la capilla mayor del resto del templo y clamaron porque se embargaran los diezmos.

El Consejo ordenó reconocer el templo al arquitecto Elías Cesáreo Martín en 1802. Este envió un minucioso informe: la fachada principal estaba hecha a trozos y en diferentes épocas, la espadaña desplomada y las paredes construidas a base de mampostería y ladrillo mezclado con tierra.

Al igual que Fernando Rodríguez, el arquitecto Cayetano Gallitia presentaría dibujos de la planta, alzado y fachada. Son dobles: unos presentados en 1805 y otros del año siguiente, reforma de los anteriores, según se lo había ordenado la Academia de San Fernando. Para la reconstrucción del templo añadió un pórtico a los pies, de laterales semicirculares, que avanzaría notablemente sobre la antigua fachada. El alzado del hastial, sencillo en extremo, lleva en su centro una torre de tres cuerpos desiguales con sencilla cubierta de madera.

La Academia volvió a examinar los dibujos y de nuevo los rechazó por «defectuosos y faltos de elegancia»².

El Rey nombró para idear la nueva parroquia al arquitecto y académico Elías de Villalobos. En 1808 eran aprobados por la Real Academia. Consistieron en cinco dibujos. El edificio iría en el centro del pueblo, con fachada a la calle Corredera.

Inmediatamente comenzaron las obras, aunque se redujeron a poco por causa de la guerra. Pasada ésta, el Consejo daría permiso para reanudarlas el 19 de junio de 1816. Se contaba entonces con unos 400.000 reales, procedentes de los diezmos. Al año siguiente eran abiertos los cimientos y el 1 de julio de 1818 se colocaba «la primera piedra fundamental con las ceremonias del ritual romano». A fines de dicho año ya se veían machones, paredes, basamento del pórtico y fachada principal y podía intuirse lo que iban a ser las capillas.

Las obras fueron dirigidas por el propio Villalobos, quien nombró como aparejador a Francisco Antonio García.

Pero en 1819 se aseguraba que las arcas «están exaustas de fondos...se han consumido todos los que havia existentes, solo comenzado el templo, basamentado de cantería de orden jónico» y construido, el resto, de mampostería. Se llevaban invertidos 425.807 rs. y se pensaba que su costo total ascendería a unos 900.000 reales.

Las causas de la suspensión de las obras y el que la construcción se limitara a los cimientos fueron varias: un proyecto excesivo, la prolongada crisis económica como consecuencia de las alteraciones políticas, así como la mala administración de los fondos.

En 1829 el Fiscal acusaba a la Junta de «criminal apatía...para una obra tan interesante y necesaria en aquella villa». Que se nombrase otra Junta y que inmediatamente se cobrasen las deudas. Esta mala administración y la general desmoralización de los feligreses impedían que se prosiguiera con «un templo de una magnificencia superior a cuantos se conocen en aquella provincia».

Desde 1830 cambian por completo los informes. Ahora se insistía en que era suficiente el antiguo templo y que resultaba casi imposible proseguir con la construcción del nuevo. Según el prelado diocesano la parroquia existente era «regular y hermosa con respecto a la población». Y cosa parecida pensaba el Intendente provincial. El Fiscal quedó perplejo. «Es bien original y digno de llamar la atención que después de más de 40 años en que se demuestra por las primeras actuaciones hallarse ya ruinosa la yglesia parroquial...siente en este informe...que dicha yglesia parroquial es en la actualidad un templo regular y hermoso...con el que están contentos y gustosos los vecinos y que sólo como por encanto se ha podido mejorar y reparar la antigua ruinosa».

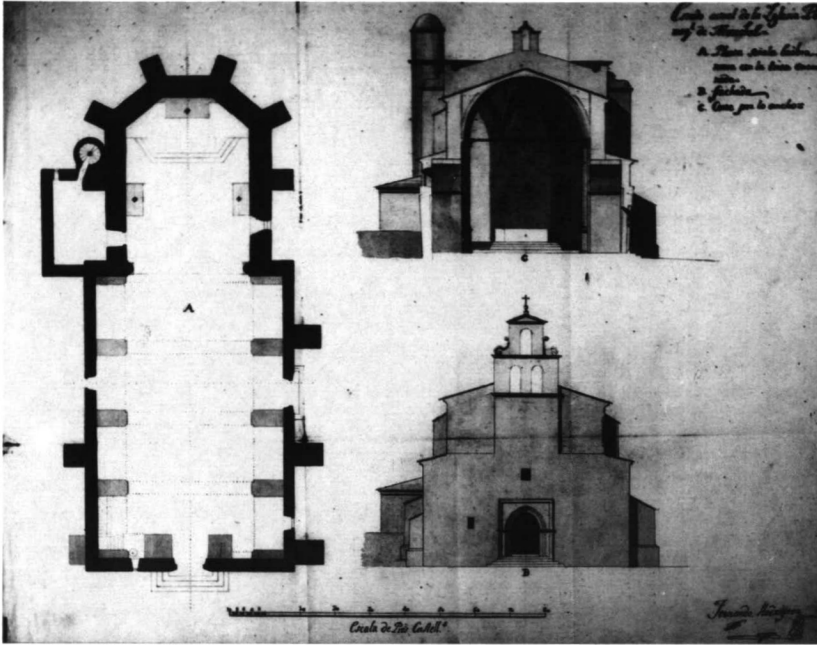
El Consejo ordenó reconocer el antiguo templo. En 1831 lo hacían el arquitecto Manuel Blanco Roderá y el alarife Domingo Quirós: era fábrica antigua, segura y bastante sólida, aunque con muchos deterioros. Resultaba suficiente para un pueblo como Alconchel de 2.278 almas ya que disponía de 3.783 pies cuadrados superficiales. Los reparos costarían 32.224 reales.

² Arch. R. Ac. de San Fernando 2-33/2 y 3-139.

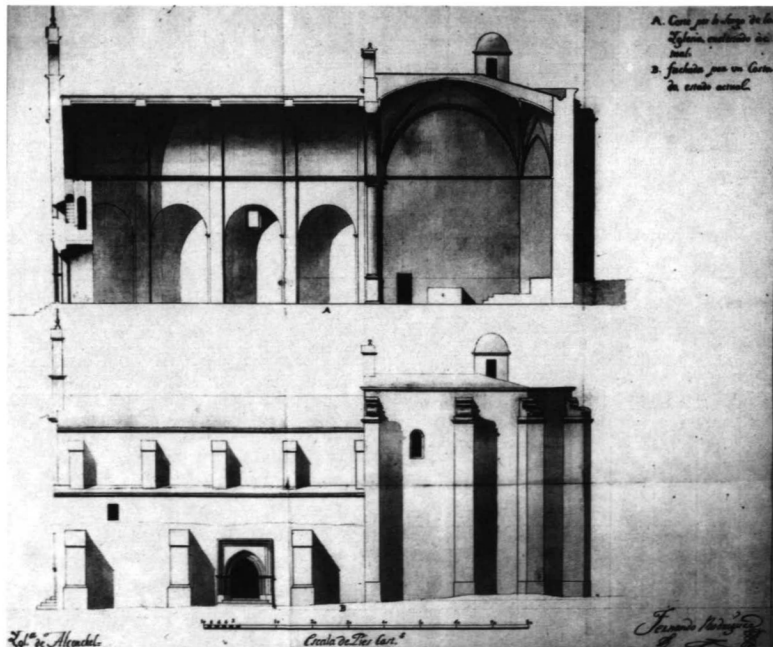
En 1832 eran llevados a cabo, olvidándose para siempre del nuevo templo³.

Bastantes años más tarde Madoz reflejaba la decepción de los vecinos: «La iglesia parroquial ruinosa, aunque rehabilitada en el año 1813...Se principió a edificar una nueva en el año de 1819...pero se suspendió la obra en el de 1824 y sólo está en los cimientos». Como puede verse, ya ni se recordaban con exactitud las fechas de los trabajos emprendidos con el fin de disponer de una nueva, amplia y hermosa parroquia.

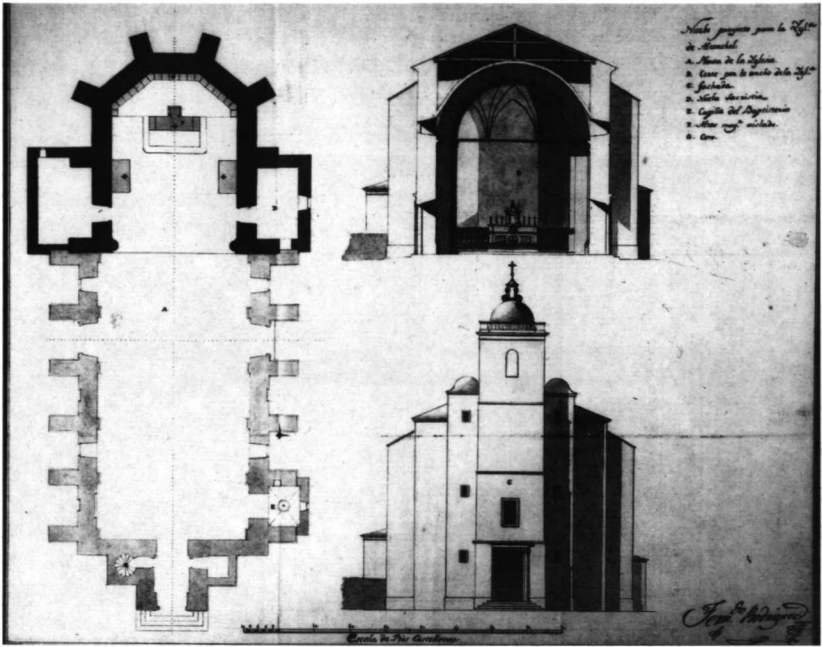
³ AHN: Cons. leg. 31.026.



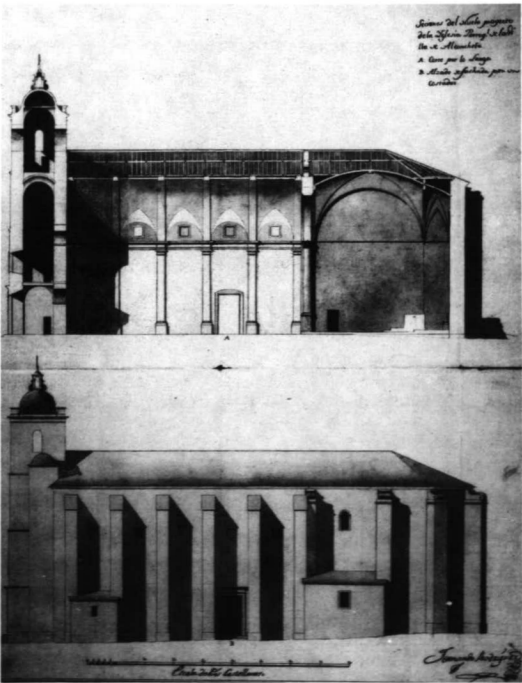
Fernando Rodríguez: «Estado actual de la yglesia parroquial de Alconchel» (1.º de abril de 1796).



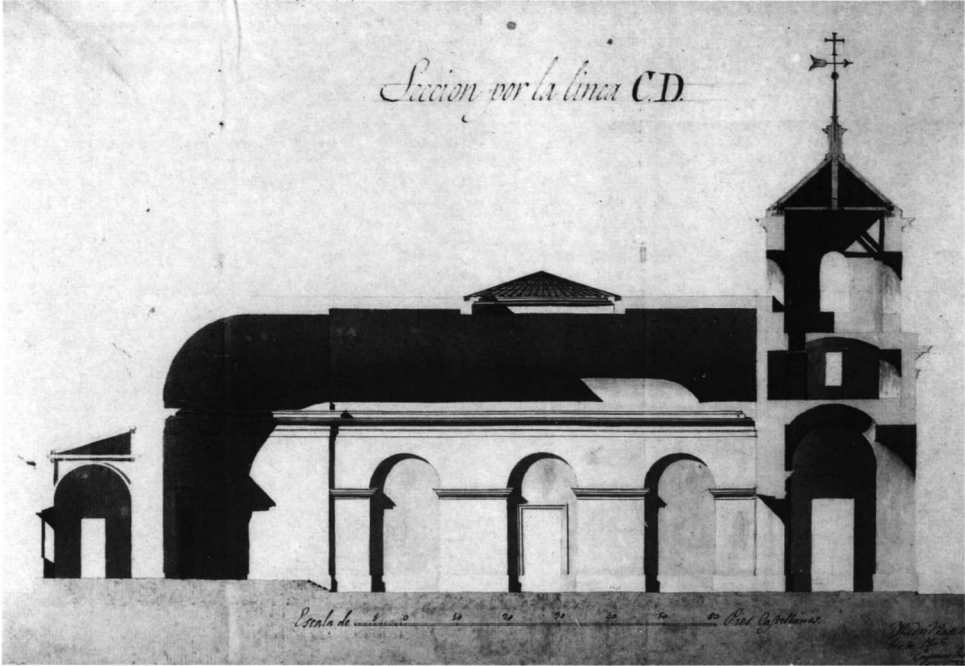
Fernando Rodríguez: «Corte y fachada de la iglesia» (1.º de abril de 1796).



Fernando Rodríguez: «Nuevo proyecto para la yglesia de Alconchel» (1.º de abril de 1796).



Fernando Rodríguez: «Secciones del nuevo proyecto de la yglesia parroquial de la villa de Alconchel» (1.º de abril de 1796).



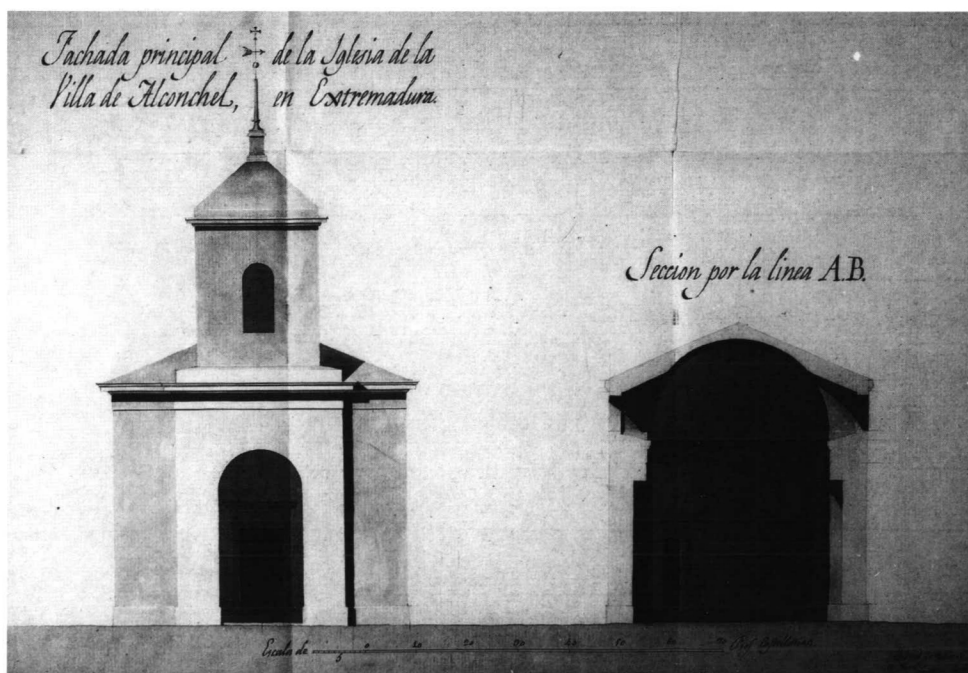
Cayetano Gallitia: «Sección de la iglesia parroquial» (20 de octubre de 1805).



Cayetano Gallitia: «Sección de la iglesia parroquial» (20 de enero de 1806).



Cayetano Gallitia: «Fachada principal de la yglesia de Alconchel» (20 de octubre de 1805).



Cayetano Gallitia: «Fachada principal de la yglesia de la villa de Alconchel» (20 de enero de 1806).